

## LA CONCEPCIÓN DEL HOMBRE EN HONORIO DELGADO

Leopoldo Chiappo

### RESUMEN

*Honorio Delgado continúa siendo la figura más alta de la historia del pensamiento psiquiátrico y psicopatológico del Perú y en lengua española. El presente trabajo intenta extraer de la obra multifacética de Honorio Delgado, no sólo en psiquiatría, psicopatología, psicología, neurología, biología, ecología y medicina sino en filosofía, educación, estudios literarios, biográficos y de las humanidades en general, lo que se podría llamar la visión 'honoriana' del hombre, la antropología fundamental, explícita y mayormente implícita en su monumental obra. Esta visión del hombre resulta ser enormemente estimulante en cuanto promueve a sus más altas posibilidades la nobleza de la experiencia humana. Honorio Delgado es maestro de vida superior.*

### ABSTRACT

*Honorio Delgado is still the most eminent authority in the history of psychiatric and psychopathological study in Peru and the spanish-speaking world. This article is an attempt to extract from the multi-faceted work of Honorio Delgado, not only in psychiatry, psychopathology, psychology, neurology, biology, ecology and medicine, but also in philosophy, education, literary and biographical studies, and humanities as a whole, what one might call the 'honorian' vision of the man, the explicit and largely implicit fundamental anthropology present in his vast work. The man's vision is enormously stimulating, in that it urges the nobility of the human condition on to its greatest possibilities. Honorio Delgado is a master of a higher existence.*

Es extraordinariamente interesante y, en verdad, muy importante lograr una formulación explícita y a la vez una penetración profunda de la concepción del hombre en Honorio Delgado. Esta exposición emerge conjurada por dos preguntas: ¿Hay una concepción acerca del hombre, vale decir, una antropología filosófica en el pensamiento o en la obra de Honorio Delgado? Si la hay, ¿es esta concepción antropológica honoriana importante para nuestra vida y para nuestra época?

En toda la obra multifacética de Honorio no hay un trabajo explícito y sistemáticamente dedicado a formular una Antropología Filosófica, es decir, su concepción del hombre. Se ha ocupado ciertamente del tema. Por ejemplo, en el capítulo V de su libro *De la Cultura y sus Artífices*, reúne bajo el título "Tres concepciones acerca del Hombre", -título directamente conectado con el tema que me ocupa-, las concepciones antropológicas de Sigmund Freud, Ernst Cassirer y Karl Jaspers y frente a las cuales adopta una posición crítica. Asimismo, en el

mencionado libro, al ocuparse de Nicolai Hartmann y el reino del espíritu, ha hecho una síntesis de la "imagen del hombre" del gran pensador alemán de nuestro siglo. Se trata solamente de trabajos antropológicos descriptivos y a través de los cuales y de la posición adoptada sea de simpatía o de crítica adversa podrían descubrirse algunos rasgos de la concepción honoriana del hombre. Esto se verá más adelante.

Quizá lo más cercano a una directa formulación antropológica la podamos encontrar en el capítulo I de su *Curso de Psiquiatría*, en cuya parte primera dedicada a la psicopatología se ocupa de las "relaciones anímico-corporales". Efectivamente, allí se formula una visión cuadridimensional del hombre, el ser material físico que sumerge al hombre en el reino mineral, cuando en este mar de inconsciencia ha naufragado en la condición de cadáver, cuerpo derelicto, es decir, abandonado, desamparado. Platón diría que es como el barco sin piloto, a la deriva, sin *psyches kubernetes*, cuerpo sin el

piloto del alma. En este nivel de realidad el hombre desciende a la inmersión en las puras y anónimas fuerzas físico-químicas, entendibles sólo de manera cuantitativa y mecánica, y que lo convierten en materia disgregable. Dice Honorio: "La muerte pone de manifiesto nuestra pura realidad material". Sujeto a las leyes que rigen lo inorgánico el hombre también es **ser biológico**, y así sustentado en los procesos físico-químicos de la materia emerge un nuevo nivel de la realidad, la vida que es a la vez "surgente y consolidante, dinámica y estable", irreductible a la secuencia mecánica de la materia a la cual configura con su propia peculiaridad orgánica y teleológica. Pero el hombre es más que ser material y biológico, también es **ser anímico**, "capaz de vivir en continuidad conexiva el acontecer del mundo circundante, al cual enfrenta con la intencionalidad de la conciencia, y capaz de vivir también la propia interioridad individual, con sus estados, tendencias y elaboraciones, que se objetivan en la expresión y tienen su centro permanente en el yo". Aquí ya se empieza a vislumbrar una condición que trasciende el puro psiquismo animal, mostrando el hombre la potencialidad de tomar conciencia de la continuidad del mundo exterior, enfrentándolo, estando **ante** el mundo y no meramente **en** el mundo, gracias a la **intencionalidad**, y teniendo una dirección reflexiva hacia la **interioridad** y riqueza de la **vida interna**, suerte de *espesor intrínseco* que contrasta con la mera chatura reactiva del animal. Esta dirección objetivante de la **intencionalidad** permite una expresión objetiva no sólo de estados y tendencias sino de elaboraciones de pensamiento y voluntad todo ello desde un centro irradiante que es el yo, agente y testigo permanente e ilativo de la vida psíquica. Según esto, podemos afirmar que **el hombre es el animal que puede tener biografía**. Pero, afirma Honorio, "por último, el hombre es, asimismo, y por excelencia, **ser espiritual**. Con esto entramos en una nueva dimensión de la realidad, en lo que se podría llamar un nuevo y más alto nivel de la experiencia de la vida, irreductible a lo que es meramente psiquismo, biología y físico-química del organismo. Por su ser espiritual el hombre vincula su realidad y la realidad del

mundo exterior con el mundo inmaterial e intemporal de las esencias".

En esta capacidad de aprehender esencias y valores transtemporales, objetivos y autónomos funda Honorio Delgado la excelencia del hombre, lo cual lo hace libre y responsable, le confiere dignidad moral y carácter de persona, le ofrece la posibilidad de realizarse a sí mismo, "frente a la naturaleza, frente al mundo histórico de la cultura, y frente a las demás personas -entidades de las cuales puede distanciarse para juzgarlas e influir sobre ellas".

Esta indudable formulación antropológica explícita puede servirnos de marco de referencia y de límite, y quizá de orientación y de fundamento, para cualquier análisis ulterior. Sin embargo, no debe olvidarse que ha sido hecha dentro del contexto de aclarar las relaciones anímico-corporales y con carácter propedéutico para orientar al futuro profesional médico y, ostensiblemente, con ánimo de disipar prejuicios reduccionistas que limitan la perspectiva y la acción del médico y del psiquiatra, propensos al materialismo y al positivismo, a adherir a construcciones de mitologías cerebrales y a confundir los niveles tomando como espiritual lo que sólo es vital o por vital lo puramente espiritual, confusión que Honorio Delgado considera, con Palágyi, "origen de la posibilidad de los mayores extravíos humanos".

Pero lo que yo busco es algo más profundo: sacar a luz una implícita teoría del hombre, o si se quiere, reformulando un conocido término alemán, es decir, una oculta *menschanschauung*, una visión, una intuición, del hombre que puede hacerse transparente interpretando textos de trabajos que, precisamente, no tienen nada que ver directamente con lo que suele considerarse antropología filosófica. En verdad, lo que pretende la antropología filosófica es captar y revelar la **estructura constitutiva** del hombre **en cuanto tal** y, por ende, discernir las **diferencias específicas** respecto del animal, preferentemente del primate superior. Es lo que se suele hacer, como en los casos de Ernst Cassirer, Adolphe Portmann, Arnold Gehlen, Xavier Zubiri, Max Scheler o Sir Charles Sherrington. Es el caso del diseño antropológico de Honorio

Delgado que se ha considerado en la cuadrimensionalidad del hombre, considerando su ser físico, biológico, psíquico y espiritual. Lo cual describe la estructura universal de la especie hombre, aunque es preciso reconocer grados de realización y formas diversas en lo que a cada uno de esos estratos de la realidad se refiere en los seres humanos concretos, individuales, de carne y hueso. Y esto es lo interesante, en el pensamiento multifacético de Honorio: volcado a una multitud de disciplinas, -psiquiatría, psicopatología, psicología, medicina, filosofía, metafísica, educación, ciencia, biología, ecología, biografías, literatura y poesía-, **hay una concepción del hombre implícita**, una manera de ver la realidad humana, en cuanto grados, formas y niveles de cumplimiento y plenitud del auténtico y superior **ser hombre**, tanto en la grandeza y primor como en la flaqueza y deterioro, tanto en la nobleza superior de la hombría como en la vileza inferior de la villanía. En verdad, es así como yo lo veo y encuentro la posibilidad de un pensar original a partir de los textos de Honorio, en los que pueda transparentarse un desideratum de la excelsitud humana, cabal y altamente humana, frente al fracaso y el desmedro de la grandeza de ser hombre.

Pero no sólo lo que se podría encontrar en su pensamiento a través de su obra, sino en su propia forma personal de actuar, en lo que él llamaría el "porte", en el "fuste" mismo de su persona una forma superior y ejemplarmente humana de ser hombre. Y esta antropología implícita, esta concepción honoriana no sistemáticamente formulada pero existente, digo, es **importante**, porque revela una propuesta de ser hombre en alto nivel humano, sumamente valiosa para épocas de crisis de valores de mediocrización, de masificación y vulgaridad y de deshumanización del hombre y de progresivo deterioro espiritual de las sociedades.

Apunta, entonces, la imagen honoriana del hombre a lo que se podría llamar una **recuperación de la excelencia humana** frente al desmoronamiento espiritual de la sociedad de masas, el internacionalismo apátrida, la nivelación en un mal entendido igualitarismo demagógico, el tráfico político indigno de las

clases dirigentes, el engaño que entraña falta de respeto a las personas de la comunidad nacional, por lo menos a las personas que tienen la conciencia sensible a la afrenta que significa la actuación de políticos embusteros y cínicos, el enriquecimiento ilícito, el prevaricato y las estafas cometidos por altos funcionarios, impunes, la avidez del lucro, el utilitarismo y la instrumentalización del prójimo, el subjetivismo relativista, el escepticismo, la afluencia de masas improvisadas movidas sólo por el placer y la ambición de status socio-económico y la consiguiente pérdida de las raíces espirituales en la tradición histórica, en suma, la desfundamentación del nihilismo en la vida humana.

Se trata de una **antropología aristocrática**, se trata de la búsqueda de la humanización del hombre en el más alto nivel que sea posible para encontrar al hombre como finalidad deseable, una suerte de **antropotelesis**. Quizá convendría esclarecer el término aristocracia cuya profunda y elevada significación espiritual podría ser deformada y por tanto desvirtuada por el acaparamiento exclusivo y excluyente de la acepción sociológica que lo circunscribe a denominar específicamente a una clase social vinculada por la herencia familiar de títulos y nombres y el llamado abolengo o estirpe. Honorio Delgado reafirma repetidas veces la fuente popular y hasta campesina de la aristocracia auténtica y más de una vez confirma explícitamente que "aristocracia es, pues, la calidad de los valores personales que realzan el talante y la conducta; calidad siempre individual", es decir, no de un grupo, clase, estamento o familia, observando más bien que si "el linaje pesa: antes es por lo que obliga que por lo que aprovecha". No el hombre como es sino como podría ser frente al riesgo de perder la alta calidad de lo humano en el descenso de las agrupaciones, sin más norte que el que aparece al apetito desenfrenado y desespiritualizado.

Creo que podemos tocar directamente el punto a partir de textos inspiradores. Veamos éste en el cual precisamente Honorio está tratando acerca de lo que llama "deformación de la humanidad" y que está específicamente ubicado dentro de lo que específicamente llama "desubstanciación del hombre". Dice así: "Todo

amor verdadero es siempre un estado de gracia y un como principio de divinización del alma..." Me parece que aquí está la raíz misma de la excelencia del hombre, su aristocracia espiritual, su ser capaz de realizar lo humano desde sus fundamentos. Y es que faltando esa experiencia fundamental del amor "medran la codicia, el afán de éxito, la envidia o la fatiga de vivir". Se trata, pues, de la grandeza y majestad del hombre y que revela sus más altas posibilidades que en calidad lo definen como hombre cabal y superior. La grandeza del animal humano emerge de ese "estado de gracia" que consiste y radica en el "amor verdadero" que es "principio de divinización del alma". Es que de la fuente de amor nace la nobleza del hombre. La innobleza, el desmedro del hombre, la deformidad humana es el odio, raíz de la violencia, de la grosería, de la envidia, de la ambición, de la codicia, de la soberbia, de la crueldad. Los poetas medievales del "dolce stil nuovo" decían que "en el corazón gentil siempre se detiene y mora el amor", en italiano o vulgar ilustre de las cortes y de los poetas se expresa así: "al cor gentil ripara sempre amore" (Guido Guinizelli, rimador boloñés muerto en 1273), "Amor, ch'al cor gentil ratto s'apprende" (Dante, comienzos del siglo XIV), y antes el rey de Navarra Tebaldo II (1240-1270) que también era en la Provençe IV conde de Champagne, conocido como Tibauth IV, cantaba que "del amor fino nace inteligencia y bondad". En De Vulgare Eloquentia es citado en lengua provenzal: "De fin amor si vient sen et bonté". Pero el "amor fino", la "gentilezza" del corazón, son raros. Honorio a esto se refiere cuando habla de "estado de gracia". Y a mi juicio aquí está la base indestructible de un humanismo aristocrático, el amor inteligente, la honda fuente de la benevolencia.

Al escuchar estas palabras reveladoras de la cumbre de lo humano puede agujijonearnos la pregunta terrible e inevitable: ¿Cómo armonizar esta alta posibilidad de ser hombre que se le ofrece al hombre, esta sublime espiritualización de la vida humana, este "estado de gracia" que es vivir en potente expansión de inteligencia y amor, con la sórdida realidad, con esa triste mengua de lo humano que suele

ser la vida de las gentes hundidas en su torpeza y malquerencia? ¿Cómo es posible concebir la alternativa de tan elevada humanización con la deshumanización de las guerras étnicas, las llamadas "limpiezas raciales"? Estas modalidades y otras tan variadas de lo que Honorio llama "desubstanciación del hombre" y "deformación de la humanidad" no invalidan, en absoluto, la realización excepcional y grande a pesar de toda visión pesimista de la vida. Pongamos el ejemplo que nos muestra el sagaz jesuita español del siglo XVII Baltazar Gracián, tan caro a Honorio, a cuya visión pesimista de la tristeza de la condición humana llama "amar-go juicio". Escribe así Gracián (1601-1658):

"... que si bien se nota, todo cuanto hay, se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da prisa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila, y el que ayer fue hombre hoy es polvo y mañana nada".

Se trata de la condición humana vista sin atenuantes y bajo una luz implacable. ¿Qué hacer ante esta triste realidad del hombre? En una concepción aristocrática del hombre el pesimismo se me presenta como una mengua de la vitalidad espiritual, se asocia al escepticismo corrosivo y a la amargura del resentido y del fracasado, tiene maridaje bastardo con la malevolencia, y engendra desazón y hasta hechos malos y hasta funestos. Y claro está, preanunciados por los profetas de la catástrofe, aves agoreras de apocalipsis, se alegran cuando ven confirmados tan infaustos presagios. Pero hay que tener cuidado, pues, su opuesto, el optimismo acrítico y eufórico, superficial e ingenuo, suele enmascarar la condición humana en una fácil y frívola afirmación de la vida sin base y tonta. Puede haber, sin embargo, algo sano y fresca juvenil y de energía vital en el optimismo así como mucha lucidez y valentía de en-

frentar la verdad de la condición humana en el pesimismo. Pero hay que ver con claridad que en ambos casos, tanto en el optimismo como en el pesimismo, la visión del hombre corresponde a la inmadurez, el optimismo de primer grado, ingenuo y espontáneo, por la inexperiencia y credulidad de la juventud, y en el pesimismo por marchitamiento de la vida espiritual, vejez bio-espiritual, el ajarse del alma por los maltratos de la vida, respuesta del hombre espiritualmente débil y amargado. Frente a estas dos posibilidades, igualmente inválidas y de inválidos psico-espirituales creo que hay, resueltamente, que oponer lo que llamo un optimismo de segundo grado. No se trata del ingenuo optimismo, juvenil y tonto, y que en hombre de edad madura resulta necio, sino del optimismo que emerge de la energía espiritual intrínseca, del "estado de gracia", del amor incondicional desde el fondo del corazón, desde el tesoro interior de la luz y del fuego inefables, esa fuente interior de alegría que permite responder afirmativamente a pesar de las condiciones amargas y las adversidades de toda laya. Es el optimismo de segundo grado un optimismo que sabe y sin embargo resiste y lucha. En esta línea está la aristocracia espiritual del vivir, en esta línea está la concepción honoriana del hombre. Por lo menos yo lo veo así.

Es evidente que el pesimismo gracialesco nos lleva al desengaño. Por su lado Honorio nos dice:

"El desengaño no debe ser humo que asfixia a la persona verdadera, sino luz que ella aprovecha, con empaque trascendental, para ver el otro polo de la vida, que es el espíritu; pues quien tiene temple e intrínseca consistencia allende lo deleznable, el desengaño es pasto de la prudencia, delicias de la entereza".

Honorio Delgado nos dice efectivamente que vivir con la conciencia del desengaño es un tormento. Sus palabras son éstas: "Es un tormento, ciertamente; pero su consideración —es decir, la del desengaño— hasta el fondo es ejercicio excelente y propio del ser moralmente fuerte. La desazón anexa al desengaño remite,

por contragolpe, el ser íntimo a la afirmación de sí en cuanto entidad y posibilidad auténticas".

Esto solamente es posible como alternativa altamente humana abierta al hombre por el nivel espiritual, es decir por la estructura y la elevación valorativa de cierto tipo de hombre que inaugura en la vida el nivel excepcional de la nobleza del espíritu. El ruín, el villano psico-espiritual, el rústico del espíritu, el cobarde, el mezquino constituyen el fracaso y la deformidad del hombre. Son la triste negación de lo que es llegar a ser genuinamente hombre. Los rasgos de la nobleza de vida diseñan la forma misma de la humanidad. Su deformidad es vileza, lo amorfo es la mediocridad.

Y los rasgos de la nobleza podemos encontrarlos en lo siguiente:

1. La elevación del individuo a la **condición de persona**. Esto quiere decir la inserción del organismo psicofísico del animal humano en el nivel personal del ser que lo hace capaz de captar y realizar valores superiores de carácter espiritual. ¿Cuáles son estos valores espirituales? Son el bien, la justicia, la verdad, la belleza, la inteligencia, la razón, el amor y que hacen al hombre un ser radicalmente bondadoso, auténticamente justo, veraz, amante de lo bello y esplendoroso, inteligente, razonable y capaz de amor, amor que es raíz, tronco, tallo, rama, hoja, flor y fruto de la vida noble. La negación de este nivel personal de la vida desciende a contravalores de vida decaída, cuando no deteriorada. El hombre malvado o mezquinamente egoísta, pasional y parcializado y por ende injusto, trapacero, insensible a las manifestaciones del arte y de la belleza, torpe, sórdido habitante de la irracionalidad, astuto instrumentalizador del prójimo. Es el hombre crudamente vital que experimenta la vida sólo como defensa y agresión, como ansiedad de seguridad y codicia de provecho.
2. **Sensibilidad fina**, que eleva la relación con el mundo natural por la capacidad de amar y compenetrarse con la naturaleza, con sentimiento de pertenencia, sentimiento del paisaje y de la lozanía vegetal. Altura en la

relación con el mundo humano por la cortesía y la gentileza, el respeto a la majestad de la persona, la capacidad de simpatía profunda. La negación de este rasgo lleva a la rudeza y a la indolencia en el ademán frente a la presencia del prójimo, a la arrogancia prepotente, al desgarbo del confianzudo, a la inelegante impertinencia del lagotero, a la importunidad del desatinado. La carencia de sensibilidad inteligente se muestra como rusticidad espiritual, pesadez, viscosidad de carácter, que a veces lleva a una inconsciente crueldad. En todo caso viene a resultar una insoportable compañía precisamente para quien tiene agudo refinamiento de dicha sensibilidad inteligente, persona que resulta ser mártir de la cotidiana necesidad y de cierta grosura untuosa, mantecosa y espesa en el trato de esas gentes insensibles. Es evidente que el rasgo de la sensibilidad inteligente permite gozar con intensidad el jugo de la vida y sus encantos, pero también conlleva a un cierto sufrimiento secreto por cosas ante las cuales el común no suele darse cuenta.

3. **Ánimo dirigido a lo excelente.** Es en la dirección selectiva hacia los valores superiores, hacia lo supremo, a las formas exquisitas, a los altos niveles de la calidad y de la belleza en la naturaleza, en el arte y en la vida humana, cuando y donde se realiza la forma y el nivel de vida noble como sublime posibilidad ofrecida a la realización humana de la vida. Es que en el fondo de lo que se trata es de sutilizar las diferentes y múltiples maneras de darse la experiencia humana y las formas del devenir para que adquieran la transparencia necesaria a la manifestación de lo supremo. Es así entonces que la vida en el tiempo deviene gloriosa, en tanto gloria es manifestación epifánica y luminosa de lo divino. Este *quid* místico puede legitimamente desprenderse de los textos honorianos, aunque no haya sido explícitamente formulado.

Esta orientación que eleva y afina la experiencia humana constituye rasgo significativo de un impulso ascendente hacia la divinización, con lo que el hombre logra la

plenitud y en último término llega a dar sentido a la existencia y con ello quizá descubrir la fuente de las delicias de la vida. En este ánimo dirigido a lo excelente se vislumbra, a mi parecer, una cierta bienaventuranza, una interna capacidad de felicidad, a pesar de todos los hechos adversos y contradictorios, de todas las miserias y dolores. La negación de este rasgo se da en los infelices de la deformación caracterológica, calumniadores de la vida, resentidos y tristes, amargados en el pantano oscuro de su mente, de los que diría el poeta "Tristes fuimos en el aire dulce que del sol se alegra" ("Tristi fummo/ nell'aere dolce che dal sol s'allegra" Inf. VII, 121-122). Se trata de la vida decadente por ausencia de ideales, la vida de los seres a los cuales alude Tomás Mann y pueden ser acuñados con la expresión "fuertes, amusicales y estúpidos". Se trata de los rebuscadores de quincalla, acontentados con baratijas y que, indiferentes, no reconocen la perla, es decir, no ven la excelencia de la vida en la vida y más allá de la vida.

4. **Voluntad abnegada.** Rasgo de la nobleza del vivir altamente humano es el desprendimiento, la carencia de avidez interesada en el propio provecho. Honorio escribe sobre "la voluntad abnegada de hacer obra por la obra misma" y con ello define un rasgo de nobleza del ser humano en cuanto se entrega con esmero y sin más recompensa que la acción misma por amor a la perfección de la obra, olvidado de sí y amorosamente entregado a la perfecta realización de la acción en sí misma. La negación de este elevado desasimiento y generoso fervor está en la avidez del oportunista y del codicioso aprovechador del lucro. Es el nivel del que sólo obra por la paga o por el temor al castigo. La codicia y la ambición constituyen los móviles de una vida descaecida y que disfraza, en su dinamismo, una cierta debilidad espiritual y un subyacente cinismo o falsedad mal calificadas como realismo y pragmatismo. La lujuria del poder absoluto tolerada, consentida, fomentada o admirada por una comunidad

social indica un vergonzoso envilecimiento de todo un país, en el que se celebra la entronización de la desfachatez, de la vulgaridad y de la mentira. Las consecuencias de infelicidad colectiva entonces son alarmantes pues el poder es sólo un medio y un servicio y no un fin, la política lejos de ser expresión de amor efusivo al bien común de la comunidad vuélvese sórdido y peligroso instrumento de obtención, defensa, expansión y prolongación del poder absoluto. En esas condiciones de envilecimiento colectivo campean el abuso y la arbitrariedad, el enriquecimiento ilícito. Es maravilloso, por el contrario, ver la nobleza de un pueblo que no se somete a la tiranía, y sin caer en la desesperación anárquica y violenta, formula una solución de contrapeso del absolutismo con decisiones equilibradas y pluralistas.

5. **Porte congenial con la grandeza y la excepción.** La recepción y realización por las personas de aquello que por su grandeza es raro permite, espontáneamente, la distinción, la excepción de lo común, manido y rutinario, ordinario y vulgar. Y esto sin pretenderlo, pues tal nobleza es auténtica y está lejos de la ficción y el amaneramiento y naturalmente del prurito de ser diferente. Hay un círculo virtuoso entre la elevación objetiva de los valores y el porte congenialmente elevado de quienes los estiman y realizan. Esto es lo que se llama congenialidad de la persona respecto de la grandeza y la excepción. Cuanto más alto y más raro el valor más elevado y más distinguido es el porte de la persona que lo aprecia y lo realiza.

Contrariamente, la pequeñez y vulgaridad de los bienes apetecidos y poseídos hace, a la medida, mezquinos y vulgares a los sujetos que con avidez y exclusividad a tales bienes se entregan o se revuelcan. En la negación del porte superior y alto de lo humano aparecen las multitudes de enanos espirituales que rebajan el nivel de la realidad humana al tamaño de sus capacidades limitadas, sus gustos groseros, sus modos zafios, la chatura meramente hedó-

nica y utilitaria de sus intereses y esto sólo para no hablar sino de lo común ordinario y no llegar hasta la canalla que medra en el delito, en la crueldad se complace o que simplemente mira el mundo a lo zaino, sin pureza ni franqueza del vivir, desgarbadamente. "El porte congenial con la grandeza y la excepción, la voluntad abnegada de hacer obra por la obra misma, el ánimo dirigido a lo excelente, la sensibilidad fina" y la condición superior de ser persona cabal señalan, a mi juicio, los rasgos de la nobleza en el nivel en el que el hombre emerge como cumbre de la vida, sentido de la existencia total. Creo que la presencia del hombre en la tierra es ennoblecer la vida en el planeta y estos valores de la antropología honoriana revelan, me parece, el camino para ese ennoblecimiento. Hemos visto que Honorio Delgado ha formulado una antropología filosófica sola y directamente en el caso de la cuadrimensionalidad del hombre como ser material, ser biológico, ser anímico y ser espiritual. Cuando trata de las tres imágenes del hombre, en Freud, Cassirer y Jaspers en verdad sólo formula una crítica que consiste en encontrarlas limitadas y reveladoras del espíritu de nuestra época que "eleva el dinamismo a la categoría suprema del conocimiento antropológico" y en el que "no hay sustancias absolutas ni objetividad esencial". Honorio Delgado reprocha a esta filosofía antropológica el reducir al hombre "a puro proceso transeunte, desubstanciador, desubstanciador del hombre lo mismo que del mundo". Honorio Delgado exige que se reconozca en el hombre lo sustancial de su ser y la objetividad intemporal de los valores que estima y realiza. Honorio Delgado, en verdad, está en contra del nihilismo que está en la base de la concepción filosófica antropológica contemporánea.

En una visión retrospectiva y crítica de esta exposición puedo afirmar que la antropología filosófica implícita que he creído descubrir en Honorio, mi gran maestro y padre espiritual, maestro de generaciones, es en verdad una suerte de antropología psicológica o si

se quiere una psicología antropológica, entendiendo por esto no la estructura constitutiva y diferencial del hombre en cuanto tal, tarea, a mi juicio, propia de la antropología filosófica, sino la concepción de la excelencia psico-espiritual de la vida humana, lo que se podría llamar niveles de plena vigencia de ser hombre, como algo susceptible de plenitud o desmedro. Mi método ha sido radiografiar intelectualmente lo implícito y desarrollarlo como el diseño de la excelencia del hombre y su contraria. Esto puede hacerse no sólo en el caso de la nobleza en el estudio sobre *Il Cortigiano*, también en temas tales como el ser del médico, del político, del científico, del educador y con ocasión de sus ensayos sobre Santiago Ramón y Cajal, Felipe II, Gracián, Castiglione, Antonio Raimondi, Marcel Proust, Stefan George, Goethe, Spranger, Jaspers y Nicolai Hartmann.

En todos estos estudios e incluso en sus trabajos sobre psicopatología, psicología general, medicina, ecología, etc. es decir, en todas partes de su obra deja transparentar a quien mire con ojos alertas su estimativa superior y jerárquica, refinada y exigente de lo que es calidad excelente de vida humana así como el modelo psico-espiritual de ser hombre. Creo

ver en la concepción honoriana una propuesta para lo que se podría llamar una suerte de **resubstanciación y reformatión humanas** frente a la decadencia espiritual de lo que él llama "desubstanciación y deformación" del hombre. Esta resubstanciación, esta recuperación de la solidez del hombre permite asentarlo en el fundamento espiritual de su vida, lo que lo hace capaz de superar las fuerzas mecánicas y deterministas en que está inserto. Se le ofrece al hombre la posibilidad de lograr status de persona libre sobre la condición de títere tironeado ora por las fuerzas endógenas genéticas ora por los estímulos ambientales. Para Honorio, el hombre es hombre porque puede superar con el espíritu las condiciones y limitaciones de la vida. El hombre vive inmerso en las fuerzas hereditarias y sociales, está atado a ellas pero no está atado **por** ellas. En la autodeterminación reside la nobleza fundamental del hombre.

Quisiera, al terminar, recordar este apotegma de Jacob Burckhardt: "Nuestra facultad de venerar es tan esencial como el objeto de veneración". En Honorio existe con creces el objeto de veneración. Cultivemos la capacidad de admirar, tónico de una vida generosa. Laus Deo.